

¿Ayudamos las enfermeras a "prolongar la vida"?

Hace algunas fechas conforme leía un número especial sobre el envejecimiento de una revista de divulgación científica, de aquellas que intentan conquistar a lectores inquietos pero comunes, fueron armándose estas líneas que cerrarán las páginas editoriales de Gerokomos por este Milenio.

Pensé entonces que no encontraría una forma mejor de finalizar las reflexiones de esta tribuna de los Enfermeros de la Vejez, que intentando encontrar respuesta a una pregunta que hasta ahora no he visto cuestionada en escrito alguno: ¿las enfermeras ayudamos a alargar la vida?, ¿nuestra profesión puede considerarse partícipe de las consecuciones en longevidad que celebramos cada día?

Cuando revisas los grandes compendios sobre envejecimiento, siempre se reconocen como pilares de esta hazaña, sesudos estudios sobre teorías del envejecimiento realizados en asépticos laboratorios por no menos asépticos y reconocidos científicos, de igual modo la investigación médica más depurada *in vitro* y *in vivo* que llevan el marchamo de instituciones muy reconocidas y mejor dotadas y finalmente como tercer gran sustento, los estudios sociológicos, demográficos, económicos, etc. que tratan de descifrar la problemática del envejecimiento colectivo. Al finalizar un primer vistazo al trabajo de estos descubridores e intérpretes del envejecimiento me pregunto, en nombre de todos los dedicados al cuidado profesional de los más mayores, ¿qué cota de participación ha podido tener mi disciplina Enfermera en los últimos años, para hacer que este Mundo sea habitado por más de sesenta y seis millones de personas mayores de ochenta años?

Como decía Montaigne acerca del morir de vejez, como "suerte rara, singular y extraordinaria y bastante menos natural que las otras muertes", creo firmemente que es posible naturalizarla, alentarla y conquistarla para el nuevo siglo, y en esa consecución asigno un papel clave para la profesión enfermera.

Si la enfermera de nuestro tiempo ayuda al grupo de los más mayores, desde una posición comprometida de servicio, con vocación de promotora de la salud, embajadora de una visión positiva para esta etapa, participando en la exclusión de la invalidez y dependencia como tarjeta de visita más frecuente de la vejez añosa, enfatizando la formación sobre las características de los ancianos en salud y enfermedad, especializándose en su cuidado, abriendo y liderando foros de debate sobre los múltiples problemas que pueden concurrir en la figura del mayor, haciendo alianzas con el resto de profesionales gerontológicos,... no tengo dudas que la enfermera del mañana tendrá cotas reconocidas de responsabilidad en acercar a un número cada vez mayor hacia ese techo biológico de vejez suprema. La cantidad de vida, eclipsada por una máxima interiorizada por todos los que participamos en la atención de los más mayores, la calidad de vida, se dan la mano para despedir este siglo y milenio.

No me atrevo a vaticinar si las enfermeras, en un cercano día, escribirán páginas reales en esos sólidos manuales que hoy cierran la glosa de este siglo con los ensayos hechos sobre el proceso de envejecimiento en una atmósfera fuera de la gravedad de la Tierra, con el viaje al espacio del senador John Glenn, aunque sería mi gran deseo. Pero, no tengo duda alguna al afirmar, que ahora y en un futuro, el trabajo bien hecho por las enfermeras participa de forma explícita en añadir años a la vida.

El reto, una vez más, pasa por hacerse visible a los demás y poder cuantificar esa contribución de la Enfermería, en este caso, a toda la Humanidad.

J. Javier Soldevilla Agreda
Presidente SEEG